

ESCENA IX

DICHOS: ISMAEL, de la casa

ISMAEL.—Ya he dicho que no reciban a nadie. Conozco que no le agrada a la duquesa.

AUGUSTO.—No se fije usted en eso: es su carácter. En el fondo es muy cariñosa.

ISMAEL.—En el fondo, puede que tenga usted razón.

AUGUSTO.—Dispénsela usted... Es un poco el orgullo de la raza.

ISMAEL.—No me lo explico. Hace mucho tiempo ya que por el mundo no existe más que una raza: la de los caballeros.

DIEGO.—¿Y los demás?

ISMAEL.—Ellos sabrán lo que son; yo, no. Ni puedo disculpar que alguien cifre su orgullo en la ferocidad de su quinto tatarabuelo, ni comprendo a la dama, digna y honrada, que puede engreirse recordando la belleza que no fué esquivada con su real cortejo.

AUGUSTO.—Muchos representamos acciones gloriosas.

ISMAEL.—Cierto; pero la gloria, cuando se la aumenta, brilla: cuando no se hace más que evocarla, empequeñece; como esas armaduras gigantescas, que pregonan, más que la fuerza de lo pasado, la ruindad física de lo presente.

DIEGO.—Todos no podemos ser batalladores...

ISMAEL.—Entonces, permítanme ustedes que yo prefiera, en vez de un peso glorioso que me oprima, el ser yo quien a los míos y a los ajenos los conduzca.

AUGUSTO.—No discuto... ¿Quiere usted que demos un paseito?...

ISMAEL.—Lo que usted guste.

(A Diego.)

No tardaremos en encontrarnos, que la hora de misa se acerca.

AUGUSTO.—Como día de trabajo está usted disculpado.

ISMAEL.—No, no. Haré lo que todos: ir.

DIEGO.—Tú eres de mi opinión, y yo soy de la de quien decía que las misas y los desafíos no se deben buscar, pero no se deben rehuir.

AUGUSTO.—¡Diego!

CAPILLA AYVONBINK
 UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA
 U. S. N. L.

DIEGO.—Me refiero a los días laborables: en los de fiesta no hay duda.

ISMAEL.—¿De qué?

DIEGO.—De lo que sea. Pero no hay duda.

AUGUSTO.—¿Examinó usted aquellos documentos? Diego sabe el asunto; puede usted hablar.

ISMAEL.—Mañana marcharé a Madrid.

AUGUSTO.—¿Tan pronto?

DIEGO.—Sí. Cuando usted quiera podemos extender el recibo, allá en mi despacho, y cobrará usted inmediatamente. Si me dice usted el día, tendré la cantidad en mi poder para evitarle a usted la molestia de ir a la caja.

AUGUSTO.—Muchas gracias, querido Ismael. Aunque no hubiéramos llegado a entendernos, siempre quedaría obligado por la buena voluntad con que usted se puso a mis órdenes.

ISMAEL.—Voluntad solamente, que no es buena ni es mala, es voluntad. Una palabra que pronuncio siempre con energía, porque a ella le soy deudor de todo.

(Sonriendo.)

¿Son trescientas mil pesetas, verdad?

AUGUSTO.—Y el plazo, cinco años; aunque espero liquidar antes, porque, desgraciadamente, el tío Sebastián...

ISMAEL.—¿No debe vivir tanto?...

AUGUSTO.—Si disfrutara... pero impedido y sufriendo.

ISMAEL.—Tiene usted razón.

AUGUSTO.—¿Podría señalar el jueves como día de pago?

ISMAEL.—Perfectamente.

AUGUSTO.—¿Pero usted no se marchará mañana?...

ISMAEL.—Sí, mañana.

AUGUSTO.—¡Es usted encantador!... Venga usted, venga usted, hablaremos de los detalles, que a éste le aburrirán y para mí son interesantísimos.

ISMAEL.—Sí, vamos. Perdón, ¿eh?... Voy a tratar los detalles, que son interesantísimos... para el duque.

(Mutis por la derecha, hablando Ismael y Augusto.)

32834

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1223 MONTERREY, MEXICO

ESCENA X

DIEGO: después CONSTANZA, de la capilla

DIEGO.—(*Sentándose.*)—¡Qué lucha tan ridícula, qué tragedia tan cómica esta de las vanidades humillándose para poder seguir siendo vanidosos!... ¡En cambio yo, por no tener y no esperar, disfruto de la vida y de esta mañana esplendorosa y radiante!... Si fuera poeta, para rendirle ese tributo a la divina Naturaleza, hoy no hacía versos.

CONSTANZA.—(*Tapándole los ojos.*)—Adivina...

DIEGO.—Si tuviese treinta años, te diría: «tú...», y en el «tú» entraban todas... y algunas más. Ahora te digo solamente: sobrina, sobrinita, ¿para qué me tapas los ojos cuando toda mi picardía se reduce a ver?...

CONSTANZA.—Te he oído: ¿Ya hablas solo, tío Dieguito?

DIEGO.—No. Hablo con el aire y con los árboles y con el celeste resplandor de Febo; con esos pobres dioses del Olimpo a quienes la Cien-

cia echó por tierra, como si a la tierra la hiciese daño creer en muchas cosas de los cielos...

CONSTANZA.—(*Sentándose en el brazo del mismo sillón que Diego.*)—¿También tú sientes el encanto de esta mañana deliciosa?... Pues... Dime, tío Diego.. Tú, que comprendes la belleza de lo que no tiene realidad material; que te explicas la armonía de lo que no tiene acorde en las horas indiferentes; que al aire y a los árboles les llamas dioses... ¿Por qué las cosas, siendo las mismas, son tan distintas?...

DIEGO.—Por la hora.

CONSTANZA.—¿La de ellas?

DIEGO.—No, la tuya, que las hace vivir.

CONSTANZA.—(*Levantándose.*)—¿Por qué la Naturaleza, el campo, mudo y frío y sin acento, después de haberlo visto millares de veces impasible, nos habla de pronto con una voz que nadie escucha más que nosotros y en un lenguaje que se entiende tan fácilmente?...

DIEGO.—Por el alma.

CONSTANZA.—¿Suya?

DIEGO.—No; la que tú le prestas en aquel momento.

CONSTANZA.—¿Y por qué no vibra siempre?...

DIEGO.—Por la misma razón que permanecen

tanto tiempo mudas las cuerdas del arpa. El sonido está allí, aguardando eternamente, como está la belleza en el campo y la armonía en las ramas de los árboles; pero falta la mano que toque, los ojos que quieran ver y el soplo celestial que fecunde lo estéril y que anime lo inmóvil.

CONSTANZA.—Y ese afán que sentimos, esa flor que se abre de improviso, con raíces en el suelo y con hojas en las nubes, tan grande, que llena el espacio, y tan pequeña, que cabe en nuestro pecho... Ese afán, ¿cómo se llama?

DIEGO.—Unos le llaman Amor.

CONSTANZA.—Bien suena el nombre...

DIEGO.—Otros le llaman Fe.

CONSTANZA.—Aún lo entiendo más así.

DIEGO.—Y otros le llaman poesía. Pero los tres nacieron de la misma madre, de la piadosa Bondad, el hada de los ojos de ópalo, que miran y no ven, y por eso no sabe nunca a quién favorece con sus dones, y su caridad es la única verdadera, porque está siempre en la mano que concede, y no le exige mérito ni cualidad ninguna a la mano que recibe.

CONSTANZA.—¿Hablas formal, tío Diego?

DIEGO.—Formal, serio y grave, como habla

un catedrático que explica Anatomía, no; en serio, como habla de los aparecidos un miedoso y del cielo un creyente, sí.

CONSTANZA.—Y si es verdad lo que dices, ¿por qué ninguno de los tres nombres acaba de explicarme cuál es en mí la verdadera causa de apreciar hoy lo que no aprecié nunca?...

DIEGO.—¿No te sirve ninguno? Pues yo te diré otro que lo aclare más.

CONSTANZA.—¿Cuál?...

DIEGO.—Ismael.

CONSTANZA.—¡Diego!

DIEGO.—Diego, no; Ismael.

CONSTANZA.—¡No es cierto! ¡Te engañas! ¡Te equivocas!

DIEGO.—Más despacio, más despacio. Cuando quieras convencer a alguien de tu indiferencia por algo, ese algo dilo tranquilamente.

CONSTANZA.— (*Deletreando.*) — No... es... cier... to...

DIEGO.—Y la piadosa Bondad, el hada de los ojos de ópalo, que miran y no ven, cuando reparte amor, no sabe si te enamora de noble o de plebeyo, de cristiano o de israelita.

CONSTANZA.— (*Sonriendo.*) — No... es... cier... to.

DIEGO.—(*Se oye el segundo toque de misa.*)—
¿Le aborreces?...

CONSTANZA.—No.

DIEGO.—¿Es poco simpático?...

CONSTANZA.—No, no. Voy a buscar mi libro de oraciones.

DIEGO.—¿Podemos decir que es agradable y digno?...

CONSTANZA.—Sí, sí...

(*Marcha hacia la izquierda.*)

DIEGO.—Ya es algo a su favor. Y a ti la Iglesia te llama.

CONSTANZA.—(*Volviéndose rápidamente.*)—
¡No!

DIEGO.—A misa.

CONSTANZA.—(*Riendo.*)—Ah... eso, sí.

DIEGO.—Conformes: vete ya, sobrina.

CONSTANZA.—(*Haciéndole una reverencia burlona.*)—Adiós, tío Dieguito.

(*Mutis.*)

ESCENA XI

DIEGO: después, ISMAEL, por la derecha.

DIEGO.—(*Sentándose.*)—Bueno, sigamos engañándonos unos a otros, y sin que ninguno nos engañemos más que en lo nuestro.

ISMAEL.—¿Qué se hace, Diego?...

DIEGO.—Nada.

ISMAEL.—Poco es.

DIEGO.—¿Poco?... Pues de eso hizo Dios el mundo.

ISMAEL.—¡Y qué hermoso lo hizo! Es una maravilla este campo, este cielo...

DIEGO.—(*Burlón, aparte.*)—¿Otro con poesía? ¿Será epidemia?

ISMAEL.—No sé por qué, pero hoy siento que pueden ser sinceros los lirismos de algunos.

DIEGO.—No eres tú solo.

ISMAEL.—¿No?... ¿Quién más?

DIEGO.—Yo.

ISMAEL.—Ah...

DIEGO.—(*Levantándose.*)—¡Qué ah tan despreciativo!...

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
CALLE DE MONTEALEGRE, 14
41013 SEVILLA, ESPAÑA

CAPILLA MAYOR SINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. D. A. N. U.

ISMAEL.—¡No, no!

DIEGO.—Pasémoslo. Continúa tu poema.

ISMAEL.—Le decía a usted...

DIEGO.—¿Habrás notado que te tuteo?...

ISMAEL.—(Sonriendo.)—Como usted quiera.

DIEGO.—¡Es más fuerte que yo!... Gracias; continúa. Y dime lo que te dé la gana, que hoy estoy en vena de emociones espirituales. Todos los años venimos aquí tres o cuatro meses; multiplica por el número de siglos que yo tengo, y calcula si me sabré de memoria catedrales y conventos y fachadas góticas... y demás zarandajas. En San Esteban hay un cuadro que he visto doscientas veces; pues un día, buscando refugio contra un chaparrón inesperado, entré en la iglesia... y de pronto, por la hora, por la soledad, por la tristeza del lugar, por algo inexplicable... sentí que aquella imagen vivía, sufría, se quejaba... Yo no sé qué demonios tenía aquel santo, pero me impresionó horriblemente. Luego pasé la noche obsesionado, y al día siguiente, tempranito, volví a mirarlo. ¡Y nada!, era un cuadro bueno, pero nada, un cuadro...

ISMAEL.—Esperaré a que llueva para hablarle a usted.

DIEGO.—No. Sé respetar los estados de ánimo de mis amigos y amoldarme a ellos.

ISMAEL.—Esa amabilidad anima a confesiones...

DIEGO.—¿Empezabas una confesión?... Pues *ego te absolvo*. El capellán te daría la absolución después; yo, más práctico, te la administro antes. Para ti es igual. Sigue.

ISMAEL.—Si usted me deja... Esta mañana he debido resolver un asunto.

DIEGO.—¿Con el duque?

ISMAEL.—Eso ya está. Otro. Y contra mi costumbre y mi temperamento, lo aplacé.

DIEGO.—Entendámonos. El asunto, ¿es asunto?

ISMAEL.—Precisamente la dificultad estriba en las palabras. Yo supe y sé encontrar los números exactos y la fórmula precisa de un negocio. Pero fuera de ese mundo de cifras o de peleas, baluceo y voy cohibido por el miedo de una palabra torpe o dicha antes de tiempo.

DIEGO.—Y este asunto, que no es de pelea, ni es de negocio, ¿será de pasión?

ISMAEL.—Quizás.

DIEGO.—Claritos: ¿sí o no?...

ISMAEL.—Sí.

DIEGO.—Y el temor está en los fantasmas, en los prejuicios, en los distingos de casta, en las susceptibilidades de abolengo.

ISMAEL.—Ahí está.

DIEGO.—¿Pero tienes el convencimiento de que a esa mujer no le eres indiferente?...

ISMAEL.—Me parece...

DIEGO.—Claritos.

ISMAEL.—Creo que...

DIEGO.—Claritos: ¿sí o no?...

ISMAEL.—Juraría que sí.

DIEGO.—Pues entonces la cuestión es muy sencilla. Dile lo que quieras, como quieras y cuando quieras, que ella de todos modos lo ha de entender; y no lleses el discurso aprendido, con lo cual te evitas el embrollarte y el perder el tiempo.

ISMAEL.—Lo malo es el empezar...

DIEGO.—No; eso es lo bueno.

ISMAEL.—¿Y si estoy engañado...?

DIEGO.—¿Antes de casarte?... El riesgo es insignificante...

ISMAEL.—Entiéndame: ¿si ella nó ha visto más que una simpatía en mí?

DIEGO.—No seas bobo. ¿Una mujer que no sepa que le hacen el amor?... Lo saben hasta

cuando no se lo hacen, conque calcula tú yendo de veras. Y al exponer tu pensamiento procura ser breve. Para mí, el modelo de las declaraciones amorosas continúa siendo el de Adán y Eva, nuestros queridos primeros padres. Ella mordía la manzana de un lado y él de otro, al mismo tiempo, y antes de que la manzana se hubiera acabado, ya estaban juntos los labios y sabían ya que se adoraban.

ISMAEL.—Sí, es breve, y lo conozco; pero hoy prefiero la palabra que deja adivinar, mejor que la frase dura y clara que obligue a una respuesta categórica.

DIEGO.—¿Un minuto de romanticismo?...

ISMAEL.—¿Es mucho en toda una vida? No es humano que el hombre, no rendido, pero sí cansado, quiera alejarse un momento de la lucha y decirle a una mujer: «Mujer, si eres celestial, te adoraré, y si no lo eres, te adoraré también, que tanto amor vengo a dar como a pedir, y el mío bastará para los dos». Y si me hicieran la misma pregunta que ya escucharon los siglos cuando los siglos de ahora empezaban a contarse, si me dijeran: «¿Cómo tú, no siendo de los míos, me pides de beber a mí, que soy samaritana?...» Con las mismas

palabras respondería: «Agua te pido, porque tengo sed... Pero si tú a mí me pidieras, agua viva te daría, y si bebieras de la que yo te doy no tendrás ya nunca sed.»

DIEGO.—¿Y tú eres el que andas buscando palabras?...

ISMAEL.—Ya no. Pero dime, en conciencia: ¿es mucho pedir el que venga a mí una ráfaga de esa dulzura que a todos va repartiendo el sol con su luz, el aire...?

DIEGO.—Ahí viene.

ISMAEL.—(*Burlón.*)—¿El sol...?

DIEGO.—O la Samaritana.

ISMAEL.—¡Constanza!

DIEGO.—En familia le llamamos así, Constanza.

ISMAEL.—(*Apretándole afectuosamente la mano.*)—Es usted un gran amigo, Diego!

DIEGO.—No hay inconveniente. Pero de los Evangelios no volverás a colocarme ni un versículo, ¿eh...?

ESCENA XII

DICHOS: CONSTANZA, de la casa

CONSTANZA.—¿Charlando?

DIEGO.—Y de sublimidades. El hombre práctico que hay en este banquero ha huído—¡perdón!, la palabra sonó a Krac...—por no sé qué profundas quebraduras y ha quedado un soñador, un idealista...

CONSTANZA.—¿De veras?

ISMAEL.—He quedado yo. Siendo lo que él afirma, es verdad.

DIEGO.—Y cuando llegaste, entonaba un himno al sol...

CONSTANZA.—¿De veras?

ISMAEL.—Sí...

DIEGO.—¿Qué habrá hecho hoy el sol para que todos la toméis con él...?

CONSTANZA.—Eso quiere decir únicamente que Ismael es impresionable.

DIEGO.—Que lo somos.

ISMAEL.—Es cierto. ¿Por qué negarlo...?

CONSTANZA.—Y que si a una hora sabe lo que

son sumas y restas, a otras las olvida, buscando... él sabrá qué.

ISMAEL. —¿Yo nada más?

DIEGO. —(*Tose un poco.*)—Y esto de amoldarse a emociones extrañas es muy frecuente. Yo he conocido a un muchacho que leía, de sobremesa, los *Náufragos de la Isla Misteriosa*, y se identificaba tanto con las miserias y el hambre que sufrían, que para poder seguir leyendo necesitaba tomar más postres; si no, tenía debilidad en nombre de los náufragos.

CONSTANZA. —¡Cómo me gustaría a mí una aventura de ese género! ¡Eso es vivir!

ISMAEL. —¿Encontrarse perdida en una isla desierta?

DIEGO. —No sabe lo que dice, pero le gustaría perderse...

ISMAEL. —Que no lo temiera yo, acostumbrado a borrascas y a combates; pero usted, con su vivir tranquilo, feliz, un día igual al siguiente y a la vispera.

DIEGO. —El espíritu se complace siempre en lo contrario de lo que disfruta el cuerpo, y Constanza idolatra la acción y el peligro, precisamente porque está hecha a tantas obediencias que su vida es un puro obedecer, aun en aque-

llo que se juzga más libre y más señora de sí misma.

CONSTANZA. —De eso no me quejo. Sin darnos cuenta o sabiéndolo, todos obedecemos a algo: a nuestros jefes, a nuestras pasiones, a nuestro carácter... y yo prefiero obedecer a quien me quiere.

ISMAEL. —Con eso me da usted derecho a mandar.

DIEGO. —(*Aparte a Ismael.*)—¡Que vas a empezar a comerte la manzana por las pepitas!

ISMAEL. —Y voy a ver hasta dónde llega esa obediencia.

CONSTANZA. —Véalo.

DIEGO. —(*A Ismael.*)—Te desafía... Aunque sea de pie, estoy por dormirme para no ser indiscreto.

ISMAEL. —¿Qué mandaré yo...?

CONSTANZA. —¿Ve usted cómo es muy difícil?... .

ISMAEL. —Deme usted una flor.

CONSTANZA. —(*Marchando hacia la derecha.*)
Con mucho gusto.

ISMAEL. —¡No, no! De ahí, no; de ahí...

(*Las que Constanza lleva.*)

CONSTANZA.—Son iguales.

ISMAEL.—Pero de esas quiero.

CONSTANZA.—¿Y de las otras no?

ISMAEL.—No.

CONSTANZA.—Estas van conmigo.

ISMAEL.—Por eso valen.

CONSTANZA.—Y son como algo de mí misma.

ISMAEL.—Por eso las aprecio.

CONSTANZA.—Y en casa vieron ya que las llevaba prendidas...

DIEGO.—Dale la flor, Constanza, si tienes gusto en ello y él la desea. ¿Vais a privaos porque vieron, porque digán, porque hablaron o porque hablarán?... Por ti misma, por la preocupación o por la conciencia, si vale la pena de resistir un impulso; pero porque los demás contraríen o favorezcan, no.

ISMAEL.—¡Nunca!

DIEGO.—Dásela.

(Al desprenderlas se le caen todas, menos una; deteniendo a Ismael.)

No las pises, que sería descortés, pero no las recojas. Si en esas flores has visto algo más

que la flor, salvada la tuya, alégrate de que las restantes, las que no han de ser para ti, no sean para nadie y vayan al suelo.

ISMAEL.—No. Que vayan al suelo cuando sea esa la voluntad bondadosa de su dueña; pero caídas, no. Yo las recojo.

(Se oye el tercer toque de misa.)

DIEGO.—*(Alejándose hacia la izquierda.)*—Poesía, poesía... Mientras haya almas, tú reinarás; después... después, tú serás el alma de la Humanidad.

(Constanza marcha hacia la capilla, lentamente, deshojando las flores y dejando caer al suelo las hojas.)

ISMAEL.—*(Yendo a Diego.)*—Amigo Diego, necesito tener una franqueza con usted, y decirle que yo estoy...

DIEGO.—No, no. Como secreto no me lo cuentes, porque ya lo sé. ¡Mira, mira!...

ISMAEL.—¿Las deja caer?... ¿Las que no fueron para mí no serán para nadie?... Eso es...

DIEGO.—Poesía, Ismael, poesía. Cuando llega, los burladores nos quedamos serios; cuando pasa de nosotros, los serios se burlan de ella.

CONSTANZA.—¿No vienen ustedes?

DIEGO.—Ustedes, eres tú. Ve.

ISMAEL.—¿Yo solo?

DIEGO.—En este momento y de este verso, el consonante eres tú. ¡Ve!

(Ismael se reúne a Constanza y entran juntos en la capilla. Diego, inmóvil, los mira y sonríe. Por la izquierda pasan a misa Angela, Clara y Leopoldo, seguidos de dos criadas. Por la derecha Augusto y detrás Juan Manuel y Pedro.)—Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un interior en casa de los duques. Puede ser un patio o una habitación, con amplia salida al jardín; lo esencial es que sea recogido, con mucha luz y muy alegre. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

CLARA y LEOPOLDO, sentados en mecedoras. Una CRIADA, que entra por la derecha y recoge el servicio de café.

CRIADA.—¿Puedo recoger?...

CLARA.—¿Y los señores?...

CRIADA.—En el jardín, menos el señorito Ismael, que está en su cuarto arreglando el equipaje; ha dicho que le llevaran allí el café.

CLARA.—¿Le habéis servido ya?

CRIADA.—¿Al señorito Ismael?... Sí, señora; inmediatamente, ¡ya lo creo! ¡¡No faltaba más!!

CLARA.—¡Bueno, bueno!...

CRIADA.—¿Quiere algo?...

(Mutis criada por la derecha.)